

A K A L / C I E N C I A

ÉTICA Y BIENESTAR ANIMAL AGUSTÍN BLASCO



Hacia dónde vamos

El coste conjunto de los edificios y las instalaciones en jaulas en batería representa sólo el 8 por 100 del coste de producción de huevos, y esto en el caso de las instalacio-

nes más sofisticadas; instalaciones más simples representan menos del 8 por 100 del coste de la producción avícola. Se puede llegar a cifras comparables para el resto de las producciones animales... Mano de obra y alojamientos son ítems menores en los costes de producción y no hay argumentos sobre viabilidad económica que justifiquen la poco razonable aglomeración de animales en las granjas.

Ruth HARRISON, *Animal Machines*, 1964.

Nos guste o no, estemos de acuerdo con ello o no, indiscutiblemente vamos a un mundo en el que el respeto por el sufrimiento animal va a tenerse en cuenta. Y no hablo solamente del mundo desarrollado; en una economía global, los países productores y exportadores de carne están descubriendo que a los importadores sí les preocupa el bienestar de los animales que importan. Una investigadora uruguaya realizó recientemente una tesis en mi laboratorio sobre calidad de carne y bienestar del ganado vacuno de carne uruguayo, en colaboración con el Instituto Nacional de Investigaciones Agrarias de Uruguay. También recientemente, otro investigador uruguayo realizó parte de su tesis sobre bienestar animal en mi departamento. El motivo de este interés en Uruguay por el bienestar reside en que están viendo en el ganado extensivo un valor añadido para el consumidor europeo; en definitiva, la «vaca feliz» tiene un atractivo superior al de la vaca alimentada con pienso compuesto en instalaciones de producción intensiva. La preocupación sobre el bienestar de los animales de granja se ha traducido ya en cambios en la legislación europea, española y local, en el sentido de respetar ciertos principios que hagan más cómoda la vida a los animales de las granjas. Esta mejora en el bienestar implica inversiones mayores, lo que está produciendo en algunos casos, como el de las gallinas de puesta en Holanda, una deslocalización de la producción a países que no disponen de estos requerimientos de bienestar, para importar posteriormente los huevos; en definitiva, y como ocurre con las alfombras hechas por niños en países en los que no está prohibido el trabajo infantil: no nos preocupa siempre y cuando no sean nuestros niños. No nos preocupa el maltrato a los animales siempre y cuando no seamos nosotros los que los maltratamos. ¿O sí? Cada vez es más corriente la insistencia en el «precio justo» que tienen ciertos productos importados de países en desarrollo —el café o el té, por ejemplo—, que se supone que es un precio que garantiza el bienestar de los recolectores. Previsiblemente pronto habrá regulaciones sobre las condiciones en las que los productos importados han sido generados, independientemente de que los consumidores quieran o no pagar algo más por un producto de «animal feliz», que de momento no suele ser el caso¹³; al fin y al cabo menos del 20 por 100 de lo que paga un consumidor va a parar al granjero, y de este 20 por 100 dos tercios es lo que el animal se ha comido, por lo que las instalaciones o el manejo suponen un porcentaje pequeño de lo que el consumidor paga cuando com-

¹³ Las encuestas dicen que ante la pregunta de si el animal debe ser mejor tratado, la respuesta del consumidor es «sí» y, ante si estaría dispuesto a pagar más por ello, la respuesta es «no» —véase, por ejemplo, Frewer *et al.*, 2005—, aunque hay algunas excepciones.

pra carne o productos cárnicos –un argumento, por cierto, que ya ha sido expuesto al menos desde la publicación del primer libro que llamó la atención sobre el maltrato que sufren los animales de granja (Harrison, 1964), véase la cita que encabeza este apartado–. El incremento de costes debido a mejoras en el bienestar no tiene por qué producir subidas apreciables en el producto vendido (Appleby, 2005). En Europa parece claro que la legislación sobre bienestar animal va a ser progresivamente desarrollada para asegurar ciertas condiciones de bienestar en las granjas. Con esto me refiero a todas las granjas, no sólo a las que producen lo que se consideran «productos de calidad». Hay una asociación frecuente entre «animal feliz» y producto de mayor calidad, por el que sí se está dispuesto a pagar más, pero que no cubre todo el mercado sino ciertos nichos, aunque sean considerablemente grandes, como el caso del pollo «label» en Francia. La legislación sobre bienestar afectará previsiblemente no sólo a las granjas que producen estos productos sino a *todas* las granjas, puesto que hay una toma de conciencia de los consumidores acerca del bienestar de los animales de granja, que acaba por traducirse en una presión social y ésta en una legislación determinada. El consumidor está siendo progresivamente consciente de que el bienestar de los animales de granja puede ser mejorado, aunque esta toma de conciencia sea elemental –básicamente se refiere a preocupaciones acerca de la salud de los animales y las instalaciones– y esté ligada a la sensibilidad personal más que a los resultados científicos; por ejemplo, los consumidores están más preocupados por el bienestar de los cerdos que por el bienestar de los peces (Frewer *et al.*, 2005). Ciertos productos como el *foie-gras*, producidos alimentando forzosamente a patos y ocas hasta producirles una degeneración grasa del hígado, tienen previsiblemente sus días contados, o al menos los tiene su sistema de producción¹⁴, y esto al margen de que haya estudios científicos cuestionando que las ocas y los patos sufran más en estos sistemas de producción que en otros (Guéméne *et al.*, 2007), puesto que la percepción del consumidor es que sobrealimentar a la fuerza a un animal hasta que su hígado degenera es un acto bárbaro.

También las fiestas populares van a verse previsiblemente alteradas. Las corridas de toros se saltan un buen número de directivas europeas, incluyendo las que hacen referencia a la seguridad en el trabajo –no sólo el toro sufre durante la corrida–, y las llamadas a mantenerlas en aras de la conservación genética de las razas no es previsible que conmuevan a los legisladores, como no los conmoverían las llamadas a conservar ciertas razas de cabras destinadas a ser arrojadas desde los campanarios. No es aquí lugar de discutir si esta fiesta acabará «a la portuguesa» –sin herir al toro ni sacrificarlo en la plaza–, pero parece probable que sus características cambien; al fin y al cabo el mundo de los toros mueve a muchísima menos gente que el del fútbol. Diversiones como la popular fiesta de Tordesillas, en las que un toro es alanceado hasta la muerte

¹⁴ En teoría sería posible seleccionar por apetito hasta que no hiciera falta la alimentación forzada, pero, para aumentar el apetito hasta que se pueda producir esta degeneración del hígado de forma natural, hacen falta muchas generaciones de selección y hoy día no es práctico hacerlo; si en un futuro la alimentación forzada fuera prohibida, probablemente la posibilidad de usar la genética para obtener los mismos resultados sería reconsiderada.

por la alegre muchachada, puede que tengan raíces culturales en el siglo XIV, pero también las tenía el derecho de pernada y no hubo invocaciones a la tradición para evitar que fuera abolido.

Un tema más difícil de prever es el del posible aumento del vegetarianismo, puesto que aquí intervienen dos aspectos: uno de salud pública y otro relativo a las costumbres alimentarias de los pueblos. Los efectos de una dieta vegetariana sobre la salud no son siempre sencillos de evaluar, porque lo que debería ser un debate estrictamente técnico está impregnado de una fuerte carga ideológica por parte de las personas que han decidido hacerse vegetarianas bien porque son defensoras de los animales bien por otro variado conjunto de militancias. Los argumentos técnicos se mezclan con frecuencia con argumentos más o menos disparatados, como un pretendido vegetarianismo de Jesucristo, o con disquisiciones que pretenden demostrar que Hitler no era vegetariano a pesar de sus declaraciones y de las declaraciones de las personas que lo conocieron. Hemos llegado a un punto en el que no sé si hacer notar que aunque Cristo se hubiera deleitado de una manera especial con la carne, y por el contrario Hitler haya sido un fanático vegetariano, en nada influirían estos hechos sobre el efecto nocivo o saludable de las dietas vegetarianas en los humanos ni en la virtud de quienes la practican, de la misma forma que hay ateos escrupulosamente honrados y personas profundamente religiosas a las que uno no les compraría nunca un coche usado¹⁵. De momento, la Asociación Americana de Dietética sostiene que las dietas vegetarianas *apropiadamente planificadas* –y esto es importante– son sanas y nutritivamente adecuadas (American Dietetic Association, 2003). Esta planificación es necesaria porque los vegetales de consumo habitual son deficitarios en varios productos necesarios para la salud y para un desarrollo normal de los niños. Las mujeres, además, deben poner especial cuidado en recuperar el hierro perdido con la sangre de las menstruaciones –lo que, incidentalmente, ha hecho que algunos autores consideren el vegetarianismo como una propuesta machista (George, 2000)–. En general, una dieta vegetariana *adecuadamente planificada* que admita productos animales –huevo y leche– no genera ningún problema. Más discusión hay sobre las dietas estrictamente vegetarianas –«veganas», si queremos usar un anglicismo–; por ejemplo, en una prestigiosa revista médica internacional se puede encontrar, en el mismo número, un artículo que recomienda a los vegetarianos el consumo de leche para mantener una dieta adecuada y otro artículo en el que no lo recomienda (Weaber, 2009; Lanou, 2009). En general los vegetarianos, y más si son estrictos, necesitan tomar en torno al doble de hierro que un omnívoro y necesitan complementos de calcio, yodo y de algunas vitaminas y ácidos grasos, particularmente los niños en crecimiento. Los vegetarianos deben seguir una dieta equilibrada porque algunos vegetales –los cereales, por ejemplo– son pobres en lisina, que es un aminoácido esencial. No es imposible obtener los productos complementarios que necesitan a partir de plantas, y en cualquier caso los vegetarianos pue-

¹⁵ Resulta patético ver a un catedrático de Ética de una universidad importante (Peter Singer) entrar en los detalles sobre si Hitler comía o no salchichas (Singer, 2004, p. 91).

den tomar alimentos reforzados en estos productos que no tengan origen animal, aunque no sean sencillos de encontrar. Ser vegetariano no es un asunto trivial y, aunque todos debemos cuidar nos, la atención a una buena alimentación en el caso de un vegetariano es notoriamente superior a la que debe tener un omnívoro. Ésta es la principal crítica de fondo que se ha hecho al vegetarianismo; la salud pública podría verse seriamente afectada, particularmente en grupos de población con menor acceso a la cultura, si se tomara la decisión de promover el vegetarianismo. Un país como Estados Unidos –desarrollado y de los más ricos del mundo– ya tiene un serio problema de nutrición nacional, con exceso de obesidad y personas con alto nivel de colesterol y diabetes tipo II, que podría ser evitado con instrucciones sobre la alimentación mucho más sencillas que las necesarias para mantener una dieta vegetariana. Si no es fácil conseguir que la población siga instrucciones sencillas sobre la alimentación, las instrucciones complejas podrían generar serios problemas de salud pública, y no digamos nada cuando se trate de un país menos desarrollado y opulento que Estados Unidos (George, 2000, 2004). Por otra parte, y desde un punto de vista de salud, no parece haber muchas razones para promover el vegetarianismo. Un estudio reciente, realizado con algo más de cien mil personas, comparó la mortalidad de vegetarianos y omnívoros con hábitos de vida similares y no encontró diferencias significativas entre ambos. De todas formas hay en la literatura científica estudios menos masivos cuyas conclusiones se inclinan levemente en un sentido u otro. Aquí hay que tener en cuenta que los estudios no provenientes de experimentos suelen guardar variables ocultas. Los vegetarianos suelen ser personas con preocupaciones por conservar una buena salud o con atención especial al régimen que practican; de poco serviría compararlos con omnívoros de comida basura; es por eso que es tan importante cuidar que las muestras sean comparables, como de hecho ocurría en el estudio que acabamos de citar. En general, pues, no parece haber razones claras para seguir una dieta vegetariana por motivos de salud.

Desde el punto de vista de las costumbres alimentarias, a corto plazo y mientras no se encuentre un sustituto real de la carne, es muy poco probable que el vegetarianismo haga algo más que progresar levemente. Singer (1991) sostiene que privarse del placer de comer carne no representa privarse de un gran placer, y probablemente hay países en los que privarse de comer en general no supondría privarse de un placer especial, pero en países en los que la gastronomía cotidiana es importante es más difícil pensar que esto vaya a ocurrir, puesto que normalmente se preferirá mejorar el bienestar animal y promover el sacrificio humanitario de los animales antes que cesar en el consumo. No es imposible, sin embargo, que sustitutos vegetales suficientemente atractivos aparezcan un día, y entonces podría quedar el consumo de carne reducido a la ocasión, al plato tradicional, o a la práctica cultural exótica, pero –si se me permite especular– los argumentos hacia el consumo de vegetales es más probable que provengan del exceso de contaminación producida por los animales que del derecho que tienen a no ser sacrificados. Hay que subrayar también que una parte considerable de estas preocupaciones afectan esencialmente a países desarrollados; obviamente en los

países en desarrollo la obligación de sus gobernantes es la de procurar a su población los requerimientos nutritivos necesarios, y esto tiene que estar de acuerdo con sus disponibilidades económicas, que normalmente no incluirán alimentos preparados o enriquecidos para satisfacer las necesidades de los vegetarianos más estrictos. El problema no es que la alimentación compuesta de vegetales sea más barata —de hecho uno de los problemas de malnutrición proteica en poblaciones en desarrollo se produce por la escasa presencia de proteína animal en la dieta—, sino en que es difícil en estos países que una dieta vegetariana pueda ser lo suficientemente completa. Finalmente queda el problema de eficiencia energética: producir vegetales es más eficaz energéticamente, lo que es cierto; pero el problema es en la práctica más complejo, como se puede ver en el ejemplo de la cadena alimentaria. Un herbívoro consume productos que no podemos consumir los monogástricos, transformándolos en proteína de alta calidad; sin embargo, debido a la extremadamente alta eficacia de la agricultura contemporánea, la producción de cereales por hectárea se ha multiplicado de tal forma que hoy día se alimenta a los terneros con cereales, lo que de paso mejora su índice de conversión y abarata el kilogramo de carne producido¹⁶.

El vegetarianismo ha sido utilizado como arma de combate incluso por quienes no ven problemas éticos en el consumo de carne animal. Así, Peter Singer no ve obstáculos al consumo de carne de animales bien tratados y sacrificados de forma humanitaria, pero promueve el vegetarianismo como forma de lucha contra las grandes empresas del sector que, en opinión de los defensores de los animales, han sido las que han producido unos problemas de bienestar animal que antes no existían con la cría tradicional (Singer, 1991).

Como hemos visto, el vegetarianismo se defiende desde varios puntos de vista: salud, derechos de los animales a no ser utilizados por humanos, economía, eficiencia energética o arma de lucha para evitar el sufrimiento animal en explotaciones intensivas. No parece, sin embargo que estos mensajes hayan calado excesivamente en la población; en el año 2000 sólo el 2,5 por 100 de la población de Estados Unidos era vegetariana, y menos del 1 por 100 era vegetariana estricta —sin consumo de huevos y leche— (American Dietetic Association, 2003), en el Reino Unido y en el año 2008 se estimó que sólo el 3 por 100 de la población era vegetariana (Food Standards Agency, 2009), aunque al ser el vegetarianismo un tema fuertemente ideologizado, pueden verse publicadas un número considerable de estimaciones infladas, como sucede con los datos de asistentes a las manifestaciones. Lo cierto es que el vegetarianismo, aun siendo posible, es más complicado de practicar que las dietas omnívoras, y en países en desarrollo tiene el inconveniente de que el acceso a proteína animal resuelve cómodamente problemas de nutrición que son más difíciles de resolver bajo dietas estrictamente vegetarianas. No habiendo ventajas claras en cuanto a la salud, el vegetarianismo queda como un mecanismo de boicot a las empresas de carne o como un signo de res-

¹⁶ Anecdóticamente, un alto funcionario de la Unión Europea me comentó en una ocasión que para ellos la producción de carne era un subproducto de los cereales.

peto a la vida animal, que previsiblemente van a ser minoritarios durante bastante tiempo.

Hasta aquí hemos expuesto el problema de nuestras obligaciones éticas para con los animales y los debates a los que ha dado lugar. Una parte positiva de estas discusiones ha sido que ha estimulado la investigación científica en las áreas de etología, neurofisiología y otras ciencias relacionadas con el bienestar. La ciencia puede contribuir decisivamente a desenredar la maraña que hemos expuesto a lo largo de este capítulo, y las respuestas a las preguntas sobre ética que hemos hecho estarán cada vez más fundamentadas en el conocimiento que tengamos de los animales y de nosotros mismos.